

Anaquel de **Estudios Árabes**

ISSN: 1130-3964

<https://dx.doi.org/10.5209/anqe.87575>EDICIONES
COMPLUTENSE

MONFERRER SALA, Juan Pedro. *Cantar de Cantares. Edición crítica y estudio de la versión árabe contenida en el códice n° 1625 de El Escorial*. Madrid: CSIC, Colección de estudios bíblicos, hebraicos y sefardíes, 2020, 152 pp.

Cualquiera que visite el Aula histórica Fray Luis de León de la Universidad de Salamanca apenas podrá retraerse a pronunciar, entre las vetustas bancadas de leño a medio desbastar y protegidas hoy por solemnes cordones, las célebres palabras «Decíamos ayer», atribuidas a nuestro poeta tras su encarcelamiento. Como es bien sabido, la causa de su prisión fue el haber osado traducir el *Cantar de los Cantares* al castellano. Hoy quizá nos parezca exagerado el detalle, pero viene al caso recordarlo para hablar de un libro como este, pues estamos ante una obra célebre como pocas, polémica como casi ninguna y que ha suscitado y sigue suscitando decenas de interpretaciones tras una mirada de investigaciones eruditas. Al considerar el tema desde una cierta perspectiva, es difícil evitar preguntarnos cómo es posible que un libro o poema de apenas unas diez páginas y poco más de cien versos haya originado tal caudal de erudición, intertextualidad, interpretaciones y controversias.

Como cumbre de la literatura universal y absoluta obra maestra, el *Cantar de los Cantares* es un texto esencialmente exuberante y sensual, un epitalamio a veces tan explícito y unívoco que resulta difícil comprender cómo pudo haberse incrustado en uno de los marcos menos dados al desparramo amoroso y a la exaltación de lo carnal y de los sentidos como es el canon bíblico. Sin embargo, su gran riqueza de imágenes y de argumentos, su amplitud de sutilezas poéticas y retóricas de gran calado también facilitaron el desarrollo de una tradición milenaria de exégesis erudita, que por múltiples maneras procuró realizar toda clase de lecturas alegóricas y equilibrios epistemológicos que lenificasen y retrajesen a un segundo plano la sensualidad y procacidad evidentes del texto. No cabe duda de que ello redobla el interés que cualquier acercamiento a esta obra encierra. El factor añadido de la propia tradición textual por la cual se nos ha transmitido el *Cantar*, preservado y traducido a través de múltiples estratos lingüísticos y cronológicos, traído y llevado por decenas de escuelas y corrientes, basta para dar una idea de su transcendencia.

A este panorama rico y multiforme viene a sumarse una aportación formidable como es la edición crítica, traducción y estudio de la versión árabe del Códice escurialense n° 1625 que nos presenta Juan Pedro Monferrer Sala. El libro supone la culminación de una empresa emprendida tiempo atrás, con la breve edición y traducción preliminares que el propio autor había adelantado en esta misma revista (n° IX, 1998). El manuscrito objeto de la edición, signado como *Códice n° 1625 (olim 1620)* contiene trece textos con traducciones árabes de diversos libros bíblicos, todos ellos neotestamentarios a excepción de la versión del *Cantar* que es objeto del presente libro; la cual, además, como nos advierte el editor, parece no haber formado parte del códice original, pues viene manuscrita de una caligrafía distinta a la del resto de textos que lo integran (p. 27).

El libro se compone de un concienzudo y riquísimo estudio filológico previo, que abarca los aspectos esenciales del manuscrito, a saber, su descripción codicológica y paleográfica (págs. 25-27), las características generales de su ortografía y su lengua (págs. 29-40), una larga y espléndida sección dedicada al aparato epistemológico y metatextual («Originales y datación», págs. 41-96), y los criterios de edición (págs. 97-98). De seguido, la edición crítica del texto árabe (págs. 99-129), su traducción al español (131-136), los índices y la bibliografía (139-152).

El editor destaca de entrada que texto griego del *Cantar de Cantares* es una muestra de una inveterada tradición traductora cristiana cuyos orígenes van más allá del nacimiento del islam y se documentan en la Arabia preislámica (p. 9). Nos quedamos, ciertamente, con ganas de saber algo más de este aspecto concreto y fascinante de la traducción; pero en cualquier caso, la empresa del *Cantar* en árabe pone de relieve la necesidad sentida por parte de los ambientes intelectuales cristianos, versados tanto en árabe como en griego y siríaco, entre otras lenguas, de preservar el patrimonio textual de la cristiandad tras la imposición del árabe como lengua oficial por el califato omeya y la progresiva arabización de todas las instancias administrativas y culturales del imperio.

El texto del códice nº 1625 de la Biblioteca de el Escorial es una versión griega procedente de la *Septuaginta*. La presencia del códice en la Biblioteca, según explica el editor, es antigua y data probablemente de los mismos orígenes del Real Monasterio en el s. XVI, quizá entre los libros consignados en los inventarios o *Entregas* de objetos artísticos y suntuarios aportados por Felipe II desde la Carta de Fundación del Monasterio hasta su muerte (aunque sobre este particular, cf. los comentarios preliminares del mismo Monferrer en *Anaquelel*, IX, 1998). El editor nos advierte, asimismo, de la rareza de las traducciones árabes realizadas a partir de la *Septuaginta* u otras versiones griegas del texto sagrado, así como de la escasez tanto de ediciones como de estudios realizados a partir de tales traducciones (p. 41). Este dato no hace sino destacar el valor tanto del texto editado cuanto del encomiable esfuerzo del editor por darlo a conocer de la manera más completa posible y rendirle, al cabo de los siglos, la justicia que merece. Es de lamentar únicamente que no acompañe a la presente edición una reproducción facsimilar de algunos folios del códice, que ilustrarían definitivamente al lector sobre el mérito y la complejidad de la labor realizada.

Según leemos en la descripción ortográfica y lingüística (p. 29 y n. 1, p. 38), esta versión árabe del *Cantar* está redactada en un árabe correcto, pero con tendencia a giros y usos corrientes del denominado «árabe medio». De entrada se percibe la notable importancia que la presente edición, rica en variantes de lectura, modulaciones terminológicas y otras fluctuaciones textuales, posee para el estudio tanto de la historia como de la crítica textual del *Cantar*. Como indica además el editor (p. 9), uno de sus objetivos es aproximarse a la *Vorlage* utilizada por el traductor del original griego, así como indagar en la apasionante posibilidad de que este tuviese a la vista otras versiones del texto, principalmente en lengua siríaca. Para ello, Monferrer elabora un fabuloso aparato crítico basado en las mejores ediciones disponibles del texto bíblico y sus versiones griegas, siríacas y latinas, así como la traducción griega del *Cantar* que, con leves variaciones, fue incluida en las biblias políglotas Parisina de Le Jay (1628-1655), la Londinense de Walton (1654-1657) y en la edición independiente que, en sus versiones etiópica y árabe con traducción latina, publicó Johann Georg Nissel (*Nisselius*) en 1656.

El resultado es una edición integérrima, de una solvencia impactante, que destila calidad y excelencia filológicas difíciles de parangonar en el panorama de nuestros estudios. Las abrumadoras competencias lingüísticas del editor y traductor (árabe, hebreo, siríaco, etiópico, latín, griego, amén de media docena de lenguas europeas), así como la monumental erudición y rigor que despliega en todas y cada una de sus secciones lo confirman a cada paso de la lectura: desde la menor referencia bibliográfica a la más minuciosa nota al pie, pasando por las múltiples y fatigosas transcripciones, las distintas lecciones del manuscrito y su aparato crítico, así como las brillantes observaciones y alcances que despliega en todas las glosas y comentarios. No cabe duda de que nos encontramos ante un trabajo excepcional. Un solo dato bastará para dar una idea de la complejidad y la altura filológica de la obra: la mera traducción del texto ocupa apenas seis páginas, que vienen soberbiamente escoltadas por la autoridad desplegada en el resto de las 152 páginas del libro.

Podríamos simplemente volver a Fray Luis como mera tentativa de ilustración de lo antedicho: cuando el sabio de Belmonte traduce el versículo 1:4 del *Cantar*, produce estos endecasílabos, hoy chocantes, pero de rara belleza: «Mi rey en su retrete me ha metido / donde juntos los dos nos holgaremos: / no habrá allí descuido, no habrá olvido; / los tus dulces amores cantaremos». En su *Exposición* (solo publicada en 1798), tales versos se retraducen o parafrasean así: «Llévame en pos de ti: correremos. Metióme el rey en sus retretes: regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en ti; *membrársenos* han tus amores más que el vino». La traducción de Monferrer reza: «El rey me introdujo en sus cámaras. Gozaremos y nos regocijaremos *recordando* tus pechos, mejores que el vino». Una distancia considerable, producto de siglos, acceso a diversos estratos textuales, conocimientos, visiones y circunstancias diferentes, media entre ambas versiones. Y sin embargo el filólogo se siente deleitado por el misterio eternamente renovado de un texto como este. En la glosa correspondiente de Monferrer (p. 44), observamos el largo viaje que cualquier pequeño detalle de una obra escogida entre las clásicas recorre a través de las lenguas y los tiempos: los consabidos «amores» (*dōdekā*) del original hebreo pasan al griego *μαστοί* «pechos», y de ahí al árabe *nahd* con el mismo significado. Sin embargo, la idea de «recordar», presente en el texto masorético (*nazkīrah*) y en la *Pešitta*, falta en el texto griego. Reaparecerá en la glosa de Fray Luis (no en su versificación) y en la traducción árabe del *Cantar*, donde el «nos deleitaremos y regocijaremos en ti; amaremos tus pechos, mejores que el vino» del texto de la *Septuaginta* se cambia a «Nos regocijaremos *recordando* tus pechos, mejores que el vino». El traductor árabe lo hace introduciendo sutilmente la expresión *fī tuḍkār* («en recuerdo de»), lo cual nos hace retornar a la consideración apuntada de principio por el editor, acerca de si la *Vorlage* con la que trabajó el traductor árabe era distinta del texto de la *Septuaginta* o bien se apoyó en otras versiones, más cercanas al texto hebreo, que la griega. Todo un mundo de matices, de delicados y fascinantes enigmas textuales que constituyen un extraordinario deleite literario y filológico.

Afirma el editor y traductor de la obra, el profesor Juan Pedro Monferrer Sala, que aspira a que esta contribución enriquezca el panorama sobre los estudios del legado árabe cristiano y el proceso de transmisión y recepción de los textos bíblicos en lengua árabe (p. 10). Complementa además esta publicación la ya realizada anteriormente, más amplia, de todo el Códice: la excelente edición diplomática *Codex Ara-*

bicus Escorialensis MDCXXV (en colaboración con Lourdes Bonhome Pulido y Faiad Barbash, Madrid, 2019). Creemos que peca de una excesiva modestia, pues esta edición debería ser considerada desde ya como un clásico de obligada consulta para cualquier estudio relacionado con el *Cantar*. No nos queda añadir sino que estamos de enhorabuena.

Pedro Buendía